

guió la senda honrada y agotadora de los grandes pensadores de aquella época. Aceptada, en efecto, aquella premisa fundamental, toda la restante construcción científica de Vitoria podría alcanzar, y la de su comentarista ya lo alcanza, el dictamen desahogado y seguro acerca de problemas tan candentes como el del derecho de veto de las grandes potencias de hoy y el de los criminales de guerra. Y todo esto sin la más mínima fisura en la argumentación y en el resultado de la sentencia final.

Esta actualidad magistral de Vitoria queda mejor esbozada que aquí en la breve pero completa introducción que encabeza el volumen que

comentamos, y en la que el Dr. Truyol incluye unas notas biográficas del dominico genial y una referencia de sus principales editores y expositores, a los que habrá que añadir, sin duda, desde hoy, con toda justicia, al joven catedrático de nuestra Universidad.

Con esto y con destacar la cuidada presentación del volumen, del que se han publicado simultáneamente versiones al francés y al inglés, sólo resta agradecer una vez más al profesor Truyol esta nueva presentación actualizada de la filosofía política de Vitoria.

J. C. M.

«HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA», por ANGEL VALBUENA PRAT. Segunda edición, corregida y aumentada. Dos tomos. 23 y $\frac{1}{2}$ cms. Editorial Gustavo Gili, S. A.—Barcelona, 1946.

El Profesor Valbuena Prat acaba de publicar la segunda edición de su «Historia de la Literatura Española», aparecida en 1937. Sobre la pauta que entonces se trazó, y que ha resultado ciertamente surco inédito y fecundó abierto en el campo de la investigación literaria, rehace ahora su trabajo que, puesto al día y notablemente ampliado, constituye un perfecto ejemplo de lo que es una obra de equilibrada madurez y definitiva plenitud.

En dos tomos, que suman en total más de dos mil páginas, desarrolla todo el amplísimo panorama de la Literatura española, desde los instantes iniciales, cuando se forjaba en el férreo molde de la Epopeya, hasta las últimas producciones que aún tienen un puesto en el escaparate de las novedades bibliográficas. Y todo ello enfocado, comentado y resuelto en perfecta unidad de síntesis, a la luz

de un homogéneo sentido crítico y de una finísima sensibilidad literaria.

Porque interesa destacar que en Valbuena se suman y compensan armoniosamente, dos cualidades que el no verlas ordinariamente reunidas nos han hecho creer incompatibles: la erudición sistemática y profunda del investigador y la sensibilidad entusiasta del artista. Valbuena reúne ambas cosas; trabajador concienzudo y minucioso de la vieja y gloriosa escuela de Mila y Menéndez Pelayo, el dominio pleno de los recursos técnicos de la investigación literaria no le impide ser, al mismo tiempo, un depurado estilista y un magnífico poeta. Me place suponer que si curioseáramos en su mesa de trabajo seguramente encontraríamos en el reverso de unas fichas, que registran sutiles adivinaciones filológicas o en las que agota la bibliografía sobre un tema o autor, los versos, atormenta-



dós y luminosos, de su *Dios sobre la muerte*. Esta doble visión, que se conjuga armónicamente en todos sus trabajos, caracteriza su personalidad y le dota de unas amplísimas posibilidades interpretativas, a las que la mera erudición jamás podría llegar. Ella anima también esa amplitud de juicio, comprensión humana y cordial, que es el reflejo de un alma recta y buena entregada, sin distinguos ni reservas, a los hombres y a las cosas, y le permite realizar una crítica honrada y generosa hecha no despectivamente desde fuera sino entrañablemente desde dentro, buscando el acierto antes que el error y prefiriendo el consejo leal y caritativo de cristiana corrección fraterna al amargo y rencoroso palmetazo del dómine. Bien clara está tan noble postura en los últimos capítulos de su obra, dedicados a historiar las escuelas y los autores posteriores al Modernismo. La amplia inquietud estética y la humana bondad de Valbuena rompen definitivamente el viejo *cliché* del profesor de Literatura que de la imprecisa noción de «los clásicos» hace, por una deformación profesional, fetiche aislado y solitario—como si lo clásico no fuera clásico tanto en función de unos antecedentes como de unos consiguientes—y tabú aplicado a todo lo que signifique apartamiento de lo que él juzga normas establecidas. Valbuena, profundamente anclado en ese fondo inmutable y permanente—que es verdaderamente lo clásico—, no anatematiza ni rasga sus vestiduras ante la novedad trepidante y clamorosa con la que se enfrenta sereno y desapasionado, porque sabe que acaso bajo la apariencia de un ropaje pintoresco puede esconderse el germen director del futuro. Buen ejemplo de esta actitud comprensiva y generosamente alentadora, limpia de fobias y sin apriorismos que enturbien el juicio, son los tres capítu-

los finales de su libro dedicados a la literatura y a los literatos del post-simbolismo. En ellos no ya cada tendencia o escuela, sino también cada autor y cada una de sus obras, tiene el estudio imparcial, el comentario justo y sugeridor y en cada caso el aplauso sin regateos o la censura leal que sinceramente no quiere ser agravio, sino impulso y orientación hacia futuros aciertos del censurado. Asombra comprobar que ni un nombre, ni un libro, ni un dato falta en estas páginas, y todo ello recogido no con un simple criterio enumerativo, sino cada uno encajado en su lugar y subrayado con el comentario oportuno.

Seguramente el mérito más destacado de esta «Historia de la Literatura» sea precisamente éste; el de haber acopiado en ella todo el formidable material que la investigación suministra sin que el propósito constructivo y la personalidad del autor quede ahogada por la avalancha erudita y sin que el conjunto resulte un repertorio bio-bibliográfico, sino un todo orgánico, perfectamente trabajado entre sí, donde las épocas y los hombres no se yustaponen en artificiales simetrías históricas, sino que se suceden y cambian con la sencillez biológica y espiritual de la vida misma.

La exposición artística de la Historia de la Literatura, lograda por Menéndez Pelayo, tiene en Valbuena un destacado continuador, y hace de su obra el fruto maduro de una escuela y la culminación de una técnica que ante la obra literaria no se contenta con analizarla, sino que aspira a interpretarla a través de un proceso de identificación espiritual con el autor que la escribió y con la época en que fué realizada. Técnica y espíritu que admirablemente compensados hacen que esta Historia de la Literatura no sólo se consulte, sino también que se lea; porque al tra-



bajo exclusivamente erudito se acude circunstancial y parcialmente, en busca del nombre del dato y de la fecha que de momento interesan, pero obras como ésta se frecuentan no sólo para eso, sino también por el puro deleite intelectual que motiva la contemplación de un conjunto arquitectónico cuya perfección total dimana de las perfecciones parciales de cada una de sus partes. Yustaponer monografías es, indudablemente, un trabajo meritorio; ensamblarlas, centrarlas en su lugar histórico y engarzarlas ordenadamente en el hilo de una continuidad, tanto lógica como cronológica, es un trabajo y además una obra de arte. Lo primero, más o menos tarde, fatalmente pasa porque es superado; lo segundo permanece al margen del tiempo y de los avances de la investigación. El paso de los años y los progresos de la técnica acabarán por invalidar la obra de Valbuena, y entonces su «Historia de la Literatura» ya no será consultada, pero seguirá siendo leída como seguirá leyéndose la «Historia de Roma» de Mommsen, la «Cultura del Renacimiento» de Burckhardt o la «Antología de Poetas Líricos» de Menéndez Pelayo.

Esta segunda edición perfila y acrecienta los aciertos de la primera. Hay partes que difícilmente podrán ser superadas ni siquiera por el propio autor en futuras reimpresiones del libro. Ejemplo de estos aciertos rotundos y definitivos nos lo da ese capítulo X, «La Muerte, la Magia y la Aventura Caballeresca», finísima interpretación del espíritu nacional en los finales del medioevo, cuando una época moría y otra estaba naciendo y sobre las almas y los cuerpos solicitados por fuerzas antagónicas se anunciaba el futuro esplendor del Renacimiento con la melopea lúgubre de las Danzas Macabras. Gran acierto polarizar este conflicto entre el espí-

ritu medioeval y el renacentista en torno a la diversa posición psicológica ante él la idea de la muerte; último aspecto de aquella estupenda contraposición, Ascetismo frente a Vitalismo, con que en el capítulo VI resuelve Valbuena el antagonismo espiritual entre la Alta y la Baja Edad Media y salva ese abismo, de otra manera incomprendible, que separa a Berceo del Arcipreste, al «loco amor» de la «renuncia cristiana» o a la Beatrix divinizada de cualquier, demasiado humana, «quoniam-suave» goliardesca.

Aparte de las lógicas adiciones bibliográficas a cada tema y capítulo, destacan por su interés el nuevo estudio sobre los Cronistas de los Reyes Católicos, la ampliación al capítulo sobre Renacimiento y Erasmismo y dentro de éste el magistral reenfoque de la figura de Cristóbal de Villalón.

Las recientes investigaciones de Valbuena sobre la novela picaresca tienen un gran reflejo en esta segunda edición de su Literatura. La parte general del tema se reelabora y amplifica en torno a tres ideas claves: Realismo, Sátira y Ética, que permiten comprender, en función de circunstancias históricas y psicológicas, la compleja figura del pícaro. Las nuevas aportaciones sobre el discutido Doctor Carlos García, Yáñez de Alcalá, la *Vida de Don Gregorio Guadaña* de Enríquez Gómez y la *Vida y Hechos de Estebanillo González* completan y perfeccionan este capítulo dedicado a una de las manifestaciones más originales y típicas de nuestra novela.

La proyección literaria del barroco, sagazmente observada por Valbuena, se confirma con el nuevo estudio dedicado a tema tan representativo, dentro de su aparente concreción, como el de los *Poemas barrocos sobre la figura de San Ignacio* y los ca-



pítulos dedicados a los Siglos de Oro se enriquecen con aspectos sobre la vida y la obra de Lope y Calderón, autor este último tan grato y conocido para Valbuena. También merecen destacarse las nuevas adiciones sobre los últimos prosistas del siglo XVII y la didáctica en el XVIII.

En la parte dedicada a la Edad Moderna rehace en un detallado estudio el que dedicaba en la primera edición al teatro romántico y a la novela realista; enfoca nuevos aspectos de la figura y la proyección de la obra de Menéndez Pelayo y dedica un subcapítulo inédito a Donoso Cortés.

Ya hemos señalado el minucioso, y al mismo tiempo ágil y preciso, es-

tudio que dedica a la Literatura Contemporánea. Diez capítulos desarrollados con profundidad y aparato de monografía y a la par con los primores estilísticos y la visión personal de un ensayo, condensan todo el movimiento literario desde Rubén Darío hasta nuestros días.

La investigación, la enseñanza superior—destaquemos este aspecto importantísimo de un libro concebido por un auténtico universitario para servir a ese fin—y la cultura literaria en general recibirán con aplauso y agradecimiento esta nueva edición de la «Historia de la Literatura Española» del Profesor Valbuena Prat.

L. DE LA C.

